



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13383

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 4 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

LUNES 4 DE JUNIO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Nueva liga

Desde hace algunos días, y atendiendo á indicaciones de la prensa local, los agentes de vigilancia y el cuerpo de serenos vienen practicando detenciones de cachecos, en persecución de hacer disminuir las riñas y el ala rota del crimen, empapada en sangre, no hace sinictra á muchas frentes.

Pero, aunque el número de armas que se recogen es inmenso, rara es la noche que en algunos sitios execrables de la población, donde se rinde culto á Baco el malo, no el adorable Dionisio, y á Venus turbulenta, no se cometen por esa chulería y ese matonismo que ha alcanzado caracteres endémicos en esta ciudad, las más fieras proezas con el pellejo del prójimo, ó se hagan alardes de baratería y salvajismo.

Cuando no los horrores de un homicidio, recogen los periódicos locales en su sección de sucesos la noticia de haberse hecho algún disparo. Anoche fueron tres los que oyó el que escribe estas líneas, y, aunque por fortuna no hayan herido á nadie, como esto se debe más á la casualidad que al intento de quienes los hicieran, nos parece que por nuestras autoridades era preciso se tomaran enérgicas resoluciones escamadas al remedio de semejante situación social. Pero, aún más eficaz sería que se constituya no sólo en Cartagena, sino en todas las ciudades de España, una liga que, como la ya establecida para combatir el duelo, persiguiera el fin nobilísimo de alcanzar que la actual legislación sobre las armas prohibidas fuese modificada en sentido mucho más severo, como ocurre en Portugal, que incurrió en seis meses de prisión correccional el comerciante que expende las armas y quien las usa, ó como en Francia, donde no se permite la fabricación ni la venta de armas prohibidas bajo la pena de seis días á seis meses de prisión, y se impone la

multa de 200 francos á todos los que las usen sin licencia. Por otra parte, el derecho positivo francés no distingue la *tentativa* y el crimen consumado, de modo que las consecuencias de cualquier reyerta en que salga á relucir la navaja ó el revólver, pueden ser de mucha trascendencia.

Y, aunque sobre toda acción del poder público hay que colocar la acción social—educación, cultura, disciplina—no puede á nadie ocultársele la beneficiosa influencia de cualquier medida gubernativa seria y eficaz encaminada á garantizar la seguridad personal, tan expuesta hoy al capricho de cualquier malvado ó de cualquier loco.

No puede ser más absurda ni más contradictoria nuestra legislación sobre las armas prohibidas. Está autorizada la fabricación de éstas—dígalos Albacete—y su venta pública, y sólo se conmina con la multa de cinco á veinticinco pesetas, —que en Cartagena no vemos imponer siquiera,—á los que las lleven.

Hay quien atribuye el incremento de la delincuencia á las condiciones de clima y de raza, á la indisciplina social y al abuso de las bebidas alcohólicas; pero los fiscales han señalado también el creciente uso de armas como muy influyente en la novísima criminalidad. Obsérvese, como argumento en pro de esto, el escasisimo número de delitos que se cometen en España por medio del veneno, lo cual consiste en que su venta se halla prohibida, ó por lo menos reglamentada bajo la responsabilidad de los médicos y farmacéuticos. ¿Por qué no se hace lo mismo con el comercio de las armas ilícitas?

La idea queda apuntada. ¡A ver si hay hombres de buena voluntad y de nobles sentimientos que quieran recogerla y apoyarla, hasta que se vea realizado el objeto que con ella se persiguiere!

Letras americanas

Ruben Darío

Es, seguramente, el poeta más distinguido en España y en toda la América latina; pero seguro también que es el mejor poeta de habla castellana de estos modernos tiempos. ¿No lo dice así el unánime sufragio de la juventud intelectual al proclamarle su Maestro y al reflejar en todos sus trabajos la hegemonía que sobre ella ejerce?

La opinión, sin embargo, le es esquiva, completamente contraria; pero esto no conturba ni entristece el ánimo del poeta, que siente por la popularidad un horror aristocrático é intuitivo. «Yo no escribo para las multitudes», —dice Darío en el prólogo de su libro *Cantos de Vida y Esperanza*. Y para burlarse de ellas y de todos los que le imitan, publicó recientemente en el *Renacimiento Latino*, su célebre «soneto de tres versos», que levantó contra él montañas de improperios y de epigramas mortificantes.

En otro rato de buen humor compuso unos versos disparatados é incongruentes, que algunos de sus admiradores—¡oh, poder de la sugestión!

—reputaron de obra suprema de exquisito arte.

Recuerdo que en esos versos se decía:

«El sape arroja la piedra de su honda, sonrisa más bella no tiene Gioconda», y otras frases sin hilación ni sentido. «Ya veréis,—nos dijo á Alejandro Sana y á mí al darnos á conocer la composición, en un lugar neutro de la calle de Carretas,—ya veréis lo mucho que se han de comentar estos versos míos.» Y gozando de antemano con su travesura, reía estrepitosamente con la ingenuidad de un niño.

Como Dante vino del Infierno y Maeterlinck de la Selva oscura, Ruben Darío nos ha llegado del sol. La púrpura y los oros de sus versos así lo indican. Y con luminosas y espléndidas preesas, propias de su acatada realza literaria, ha enriquecido el tesoro de las letras españolas y americanas, y puesto ante la vista de sus cultivadores latas extensiones de ensueños que alumbran nuevos soles...

Yo me represento á este gran poeta como un álamo á quien un dios de arte y de bondad hubiera dado el poder de producir rosas y margaritas y violetas con una arrogancia de fecundidad propia del país de los cuentos azules y de las Hadas...

En Ruben Darío no existe el aco-

modaticio «término medio». Hace la obra de un genio ó la de un loco, ama ó execra; y en asuntos de arte, sobre todo, aborrece y clama con furia contra las tonalidades grises. Y en materia de fe le he oído asegurar que si le dieran á elegir entre el Infierno, que es una estación, y el Purgatorio, que es un punto de tránsito, una pausa, optaría sin vacilar con ardiente pasión, frenéticamente por el Infierno. ¡Es un hombre!

De su amor á España, nos dá Ruben Darío, pruebas manifiestas en su libro *Tierras solares* y en las crónicas que escribe, cuando se halla entre nosotros, para *El Correo Español* de Buenos Aires, que le tiene de redactor-corresponsal en las naciones de la Europa latina: en ellas, elogia cumplidamente con frases de sincero entusiasmo nuestros méritos y encubre nuestros defectos con un velo de piedad. Y hay que advertir, que el ilustre poeta americano, dispone de todas las campanas del Kremlin para divulgar por los aires sus opiniones y pareceres.

A continuación de estas líneas inserto una de sus composiciones, cogida al azar entre todas las suyas que guardo. Juzgado por ella al eurítmico cantor de todas las magnificencias.—J. M.ª M.

SONATINA

A la desconocida

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa? Los suspiros se escapan de su boca fresca, que ha perdido la risa, que ha perdido el color. La princesa está pálida en su silla de oro; está mudo el teclado de su clave sonoro; y en un vaso olvidada, se desmaya una flor... El jardín puebla el triunfo de los pavos reales; parianchina, la dueña, dice cosas triviales, y vestido de rojo piruetea el bufón. La princesa no ríe, la princesa no siente; la princesa persigue por el cielo de Oriente la libélula vaga de una vaga ilusión. ¿Piensa acaso en el príncipe de Galconda ó de China, ó en que ha detenido su carroza argentina para ver de sus ojos la dulzura de luz? O en el rey de las islas de las Rosas fragantes, ó en el que es soberano de encantados diamantes, ó en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?... ¡Ay la pobre princesa de la boca de rosa, quiere ser golondrina, quiere ser mariposa, tener alas ligeras, bajo el cielo volar; ir al sol por la escala luminosa de un rayo,

saludar á los lirios con los versos de Mayo, ó perderse en el viento sobre el trueno del mar! Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata, ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata, ni los cianes unánimes en el lago de azul. Y están tristes las flores por la flor de la corte: los jazmines de oriente, los nelumbos del norte, de occidente las dalias y las rosas del sur. ¡Pobrecita princesa de los sueños azules! Está presa en sus oros, está presa en sus tules, en la jaula de mármol del palacio real: el palacio soberbio que vigilan los guardas, que custodian cien negros con sus cien alabardas, un lebril que no duerme y un dragón colosal. —¡Oh, quién fuera hipsípila que dejó la crisálida! (la princesa está triste; la princesa está pálida) ¡Oh, visión adorada de oro, rosa y marfil! ¡Quién volase á la tierra donde un príncipe existe (la princesa está pálida, la princesa está triste) más brillante que el alba, más hermoso que Abril! —Calla, calla, princesa,—dice el hada madrina,— en caballo con alas hacia acá se encamina, en el cinto la espada y en la mano el azor, el feliz caballero que te adora sin verte, y que llega de lejos, vencedor de la Muerte, á encenderte los labios con su beso de amor!

Ruben Darío.



CONCLUSIÓN

«¡Qué queréis?» preguntó Paulina á Jonatán, que espantada por los gritos se presentó y quiso llevarse el cadáver sobre el que ella se había acurrucado en un rincón. —¡Es mío! ¡Yo le he matado!... ¡No lo había predicho! Paulina te'a y sus ojos estaban secos.

—¡Y Paulina?... —¡Ah!... ¡Paulina!... ¡Habeis estado alguna vez en una dulce noche de invierno cerca de vuestro hogar, voluptuosamente entregados á recuerdos de amor ó de juventud y contemplando las caprichosas oscilaciones de las llamas? Fantásticamente, unas veces la combustión dibuja en os troncos los cuadros de un tablero de damas, otras veces presenta visos de terciope'lo y luego de repente llamaradas azules corren, saltan y juegan sobre el fondo ardiente. Un pintor desconocido se sirve de esta l'ama, y por un artificio único en el seno de las tintas violetas, purpúreas y flameantes, traza una figura sobrenatural y de una óe'i adesa desconocida... Fenómeno fugitivo que la casualidad no empezará otra vez.

¡jarse cojer... La desconocida estaba entre dos lamas, agitaba su cabeza á través de los alamos; después crecía, hacíase gigantesca, y resplandecían los mil pliegues de su ropaje, ó brillaba la aureola descrita por el sol alrededor de su rostro. Sosteníase sobre las chomas, sobre las colinas cercanas, y parecía prohibir á los barcos de vapor pasar por delante del castillo de Ussé. A verla hubierais dicho que era la «Dama de las Bellas-Primas» protegiendo á su país. — Bien, ya comprendo. Pero ¿y Foedora? —¡Oh!... Foedora... La encontraréis fácilmente: ayer estaba en los Baños, y esta noche irá á la Ópera.

FIN